

Cuernavaca, Morelos.
16 de junio de 2014.

**Mensaje al consejo con motivo del Segundo
Informe de Actividades 2013-2014.
Dr. Jesús Alejandro Vera Jiménez, Rector**

Consejo Universitario, Junta de Gobierno, Patronato Universitario, Ex-Rectores, Dirigentes Sindicales, Federación de Estudiantes, Comunidad Universitaria. Los saludo con afecto, y con su permiso, quiero dar la más cordial bienvenida a las personalidades que nos acompañan en esta Sesión Solemne del Consejo Universitario.

Señor Gobernador, funcionarios que le acompañan; Presidentes Municipales, Delegados Federales, Comandante de la 24va. Zona Militar.

Senadores por Morelos, Diputados Federales, Diputados Locales, Presidenta y miembros del Tribunal Superior de Justicia de Morelos.

Rectores y Directores de Instituciones de Educación Superior, Representantes de la Secretaría de Educación Pública y de la Asociación de Universidades e Instituciones de Educación Superior; Cámaras Empresariales, Organizaciones Ciudadanas, Representantes de los Medios de Comunicación, familiares y amigos.

Para no derramar lágrimas, me prometí a mí mismo no hacer una alusión especial a mis hijas y a María Elena, mi esposa y compañera entrañable, pero bien saben lo que pienso y siento por ustedes.

Muy buenas tardes tengan todas y todos, es un gusto recibirles en esta, su Casa. Mi agradecimiento por ser testigos del Informe de mi Segundo Año de Gestión como Rector de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos.

“La obsesión de la cosecha y la indiferencia por la historia son los dos extremos de mi arco” –escribió admirablemente René Char–. Si el tiempo de la historia no está hecho con el tiempo de la cosecha, la historia no es más que una sombra fugaz y cruel, en la que el hombre ya no tiene su parte. Quien se da a esta historia no se da a nada y a su vez, no es nada.

Pero quien se da al tiempo de su vida, a la casa que defiende, a la dignidad de los seres humanos, éste se da a la tierra y recibe la cosecha que siembra y nutre de nuevo.

En cumplimiento a lo establecido en el Artículo 28 de la Ley Orgánica de la Universidad Autónoma del Estado de Morelos, acerca de las obligaciones del Rector, me honro en hacer entrega de mi Segundo Informe de Actividades, correspondiente al periodo que abarca del 15 de marzo del 2013 al 14 de marzo del 2014, que resume la cosecha producto de la siembra realizada por el grupo de trabajo que me ha acompañado en este periodo histórico, y al cual agradezco su esfuerzo, dedicación y compromiso compartido.

El Informe impreso que recibirán ustedes, contiene el detalle de nuestra cosecha institucional, cosecha que, a su vez, está ya nutriendo la siembra de nuestro siguiente ciclo. También contiene algunas reflexiones y posicionamientos que consideramos pertinentes para profundizar sobre el sentido de nuestro proyecto histórico universitario.

Es preciso señalar que todos los logros y avances referidos, por magníficos o pequeños que nos parezcan, son importantes. Una somera revisión de lo hecho, tanto en el ámbito de las funciones sustantivas como en los procesos de gestión, arroja un cuantioso número de acciones y realizaciones. También nos ilumina sobre nuestras insuficiencias y metas aún no alcanzadas.

Es claro, sin embargo, que el incremento de la matrícula referido es el logro de mayor impacto, en tanto que representa un avance inédito en el marco de la meta de incrementar en un 60 % la matrícula al término de nuestra gestión.

En este mismo sentido, habría que señalar la apertura de 7 nuevos programas educativos de licenciatura; la implementación de 4 más en distintas sedes regionales y 2 en modalidad virtual. De igual forma, la apertura de 3 nuevos programas de posgrado. Todo ello en un solo ciclo escolar, logro también inédito en la historia de nuestra universidad.

Asimismo, resaltar los avances que hemos tenido en materia de investigación científica, difusión cultural y extensión de los servicios, en beneficio de la sociedad y en pro del desarrollo de la entidad.

En los apartados de reformas estructurales, posicionamiento sociopolítico, posicionamiento académico y procesos de gestión de nuestro Informe, se señalan los logros respectivos y los avances respecto de nuestro segundo año de gestión.

Por otro lado, algunos de los procesos cualitativos iniciados durante nuestro primer año de gestión están ya en pleno desarrollo y otros se han iniciado. Todos ellos son relevantes en tanto constituyen ejes dinamizadores de nuestros esfuerzos por avanzar en la construcción de nuestro proyecto universitario.

Habrá que nutrir con dichos logros y avances, el nuevo ciclo histórico-temporal de nuestra gestión. Convertirlos en punta de lanza para profundizar los cambios necesarios que nos permitan enfrentar la complejidad creciente, la incertidumbre y la diversidad que caracterizan al mundo en el que estamos inmersos, a fin de cumplir con nuestra misión institucional, en un escenario de crisis civilizatoria.

Son incuestionables nuestros esfuerzos por mejorar lo que tenemos y lo que hacemos. Sin duda, una colosal tarea que, sin embargo, está inconclusa porque aún no garantizamos el espacio a la totalidad de los jóvenes que demandan ingresar a nuestra universidad y porque, a pesar de los indudables avances, aún debemos mejorar la calidad y pertinencia de nuestros programas educativos, así como nuestros procesos de gestión y condiciones salariales.

En el marco de estos claroscuros, los hechos nos permiten afirmar que el balance de nuestro segundo año de gestión es positivo. Pero llegar a esta conclusión ha requerido el esfuerzo mayúsculo de toda la comunidad universitaria, y el apoyo solidario de actores políticos y sociales que han compartido nuestro proyecto universitario. Expreso aquí mi reconocimiento y agradecimiento a todos ustedes.

El video que les hemos presentado es una síntesis selectiva de nuestros logros y avances, todos ellos necesariamente articulados a los retos y desafíos que nos hemos impuesto y, sobre todo, a la misión y visión que orientan nuestro quehacer institucional.

Esperamos que dicha síntesis les convoque a analizar el Informe que les será entregado y, desde ese análisis, valorar su contenido. Como siempre, estaremos abiertos a sus consideraciones.

Dejando de lado los detalles contenidos en el Informe referido, una vez más abusaré de su paciencia para compartirles algunas reflexiones que me parecen pertinentes, de cara a escenarios poco alentadores que nos provocan desconfianza y temor, y nos exigen posicionarnos éticamente frente a ellos. Estas reflexiones tienen que ver, esencialmente, con nuestro compromiso, retos y horizontes.

¿Hacia dónde estamos mirando? ¿Cómo concebimos nuestro compromiso y responsabilidad social? ¿Qué tipo de país y de educación superior estamos imaginando?

A un año de distancia de mi comparecencia ante ustedes, el huracán del progreso al que aludiera Walter Benjamin hace más de 40 años, continúa causando estragos con vientos de “desarrollo” y “modernidad”. El mundo se desgarrá y amenaza con derrumbarse. La violencia como darwinismo de libre mercado está barriendo con toda cohesión social. La sociedad está atomizada, inmersa en un proceso de autodestrucción.

El huracán tiene hoy también, vientos de despojo. Se trata de un despojo que conduce finalmente a la violencia y al exterminio de pueblos enteros, bosques, ríos, lagos y cultivos milenarios, todos consustanciales a la vida humana, la cual ha pasado a ser una mercancía más.

Tal desastre expresa, ante todo, la ruptura entre el sistema y el sujeto, la disociación entre la economía y las culturas, entre la ética y la política, la degradación de unas y otras. Es el derrumbe del mito de la modernidad, que se manifiesta con toda crudeza en una triple destrucción: del individuo, de la naturaleza y de pueblos enteros.

Desconfianza, miedo, inseguridad y la eterna promesa de un futuro sin guerras, penurias materiales y de felicidad individual, se mezclan con una cosmovisión caótica de lo desconocido, que aprovechan cínicamente muchos de los propagandistas de las democracias de mercado para manipular a los ciudadanos.

En la génesis actual, las ideas eternas de la filosofía platónica o del Dios creador cristiano ceden su lugar al nuevo sujeto histórico mundial: el gran capital financiero internacional. La arquitectura de la sociedad global no es determinada ya por los

pueblos del mundo, sino por los banqueros y empresas transnacionales y los amos políticos de las metrópolis, cuyos procesos de decisión se realizan a espaldas de los afectados.

A pesar de la debacle, los apóstoles de la modernidad proclaman que la sociedad global es la última palabra de la construcción del futuro, que la historia termina en esa sociedad.

En la nueva religión del mercado y del consumo, el Estado ya sólo parece tener razón de ser como empresa de servicios para el gran capital, mientras que la democracia desaparece por completo del decálogo de los arquitectos de la aldea global.

Crecientemente indefenso, el Estado-nación pierde gran parte de su fuerza, que ahora se diluye en el espacio global, y su capacidad política se ve cada vez más relegada a la esfera de la política individual, dirigida a mujeres y hombres individuales. Parece que hemos llegado al final de un largo proceso de crisis institucional y de debilitamiento de las categorías sociales, sus conflictos y sus actores. Los actores sociales han perdido importancia o, incluso, desaparecen.

La larga odisea del sujeto a través de la modernidad ha nutrido a las utopías concretas de justicia social y democracia real. Hoy, bajo el ataque totalitario del capital global, esa odisea parece terminar en los calabozos de la razón instrumental, descritos por Theodor Adorno en la Dialéctica de la Razón.

El actual intento de acabar con el sujeto y su horizonte estratégico, la utopía, tiene un objetivo central: expropiar los derechos alcanzados por el sujeto en dos mil años de lucha, y ponerlos bajo tutela del gran capital y sus administradores políticos. La pretendida liquidación del sujeto implica, entre otras cosas, la liquidación de la democracia en el sentido de una participación real de los ciudadanos en los asuntos públicos y el sometimiento de la educación a los intereses del gran capital transnacional, con la consecuente exclusión de la dimensión humanística, ética y democrática de la formación de los sujetos.

Se trata de imponer un proyecto cultural homogeneizante que convierta al homo sapiens en homo economicus, es decir, en profesional, trabajador y consumidor al servicio del mercado. Pero, dado los estragos sociales que causa este proyecto,

provoca inevitablemente rebeliones cada vez más amplias de los grupos sociales más diversos.

En efecto, somos testigos de la irrupción de ciudadanos en innumerables países. Estas rebeliones ciudadanas ocurridas de manera espontánea en regiones tan diferentes y distantes como el mundo árabe, Europa y América Latina, encabezadas principalmente por los jóvenes, expresan la indignación contra la realidad de un mundo cada vez más injusto, más inseguro y más violento, donde la democracia real se ha vuelto una ilusión.

Se trata del fin de toda una concepción del mundo que surgió en Occidente con el Renacimiento europeo y que encarna una única y trágica paradoja: la deshumanización de la humanidad.

¿Qué tiene que ver esta crisis global con las estructuras del saber y con los sistemas universitarios en el mundo? En lo particular, ¿qué tiene que ver con nuestra universidad?

Tiene que ver con Todo, puesto que las estructuras y la racionalidad del saber científico han estado articuladas, históricamente, a las operaciones básicas del moderno sistema mundial; son elemento esencial en el funcionamiento y legitimación de las estructuras políticas, económicas y sociales de dicho sistema; y se han desarrollado históricamente en formas que han permitido el mantenimiento y la reproducción de éste.

Por ello, cuando el moderno sistema mundial empezó a entrar en crisis, los pilares de las estructuras del saber científico, fundamento del saber universitario, también empezaron a perder solidez, obligando a las universidades a reorientar su rol social y, consecuentemente, a renovar su modelo de generación, gestión y organización de los conocimientos. Tras rezar para la Iglesia y luego para el Estado, hoy se pretende que las universidades públicas le recen al mercado.

En este escenario de crisis civilizatoria, la universidad pública enfrenta desafíos de autonomía, hegemonía y legitimidad que ponen en riesgo su existencia.

Hay suficientes evidencias para afirmar que la hegemonía del más poderoso de los universalismos europeos, el universalismo científico, ya no es incuestionable. Estas evidencias, teóricas y sociales, muestran que el paradigma científico

derivado de ese universalismo ha entrado en un periodo de crisis irreversible, al igual que el sistema-mundo.

Y esto es así, simplemente porque la evolución de las estructuras del saber científico forma parte de la evolución de ese sistema-mundo.

Por ello, es imperativo que la universidad pública asuma el reto de construir una epistemología reunificada del llamado “saber científico” y, de éste, con otros saberes producidos fuera de ella que, por un lado, posibilite que la episteme y la organización disciplinaria de las ciencias en general, se transformen radicalmente, teniendo como horizonte de futuro, el paradigma de la transdisciplina y la complejidad; y por otro, reconozca y dé cabida a saberes, actores y experiencias sociales históricamente ausentes del quehacer universitario.

Se trata de ir a la búsqueda de un *universalismo universal* que tenga como horizonte un mundo en el que quepan muchos mundos, que rechace las caracterizaciones reduccionistas de la realidad social, reunifique las ciencias y las humanidades, incorpore visiones, concepciones y saberes no occidentales a través de un enfoque pluriepistemológico y que, desde una concepción social emancipadora, nos permita mirar con ojos agudamente críticos cualquier justificación de dependencia y sometimiento.

Para nuestra universidad, esta búsqueda tiene varias implicaciones. Una primera, es el ejercicio de la crítica y la autocrítica como necesidad urgente y vital. Sólo desde este ejercicio será posible contribuir a la construcción de nuevas alternativas de pensamiento y acción, frente al reiterado fracaso de las políticas económicas y sociales, de corte neoliberal, aplicadas durante los últimos 30 años.

Una segunda implicación, es la exigencia de una permanente renovación de nuestro compromiso social, es decir, de nuestro compromiso con un proyecto histórico, ético-político, de universidad incluyente y socialmente responsable.

Hablamos del compromiso que, como universitarios, debemos asumir con las personas, familias y grupos que conforman la sociedad. Hablamos de un compromiso ético-político de solidaridad, especialmente con aquellos que, en una situación y momento histórico concretos, están en condiciones de exclusión social,

invisibilizados, cosificados, sin un futuro digno en su horizonte de vida; con aquellos que, perversamente, han sido producidos, intencionalmente, como inexistentes.

Hablamos de nuestro compromiso con la construcción de un paradigma que, por un lado, permita ampliar y diversificar las fuentes legítimas de saberes, incluidas aquellas históricamente negadas por el paradigma de universidad moderna que heredamos del Siglo XVI europeo y, por otro, postule la unidad naturaleza-ser humano.

Un paradigma que confiera una nueva centralidad a nuestra universidad; que le atribuya un papel activo en la reconstrucción del tejido social, en la construcción de nuevas formas de democracia y de producción social; en la defensa de la biodiversidad, de la diversidad cultural y de los derechos humanos; en la construcción de ciudadanía; en la lucha contra la exclusión social, la degradación ambiental y todo tipo de violencia.

Un paradigma de universidad imaginada como espacio público para la democratización de los conocimientos; es decir, como espacio de posibilidad para la construcción, por los diferentes actores sociales, de realidades alternativas que conjuguen experiencia política y utopía, experiencia histórica y contexto; es decir, como un espacio público para diálogos políticos y de saberes desde donde los sujetos sociales, mujeres y hombres concretos –trabajadores del campo y la ciudad, profesionales de diversas disciplinas, amas de casa, estudiantes–, recuperen su papel protagónico en la construcción de la historia.

O nuestra universidad se recrea como un espacio público de diálogo, para una pluralidad de saberes y mundos posibles, o será simplemente otro disfraz del pensamiento único y un rehén de la ética del mercado.

En este horizonte utópico y autocrítico, planteamos la idea de que, frente a una globalización puramente negativa y a un sistema-mundo parasitario, destructivo y depredador, es imperativo erigir en una nueva organización social, sustentada en el principio del sujeto político y sus derechos, es decir, en el derecho que tienen los seres humanos a ser reconocidos como jueces y arquitectos de sus propias decisiones, esto es, como portadores de esos derechos.

Subyace en esta idea, la tesis de que el sujeto político consciente de sus derechos puede oponerse a la todopoderosa globalización y, a la hegemonía del capital financiero que han sometido la vida de los seres humanos a la pura dimensión económica.

La idea del sujeto político como protagonista de una nueva organización social no significa negar los determinantes económicos de la realidad, sino equilibrar su gravitación en relación con otras dimensiones de ella; supone que la vida económica y la vida social sólo pueden construirse en conjunto y en la medida en que los actores quieran.

Incorporar la idea del sujeto político a nuestra praxis educativa universitaria, implica una transformación epistemológica de fondo. Implica resignificar nuestras prácticas de docencia, investigación y extensión, para orientarlas hacia una educación superior del sujeto político que responda a tres principios básicos:

Primero, que construya y fortalezca la libertad del sujeto político, esto es, una educación superior no subordinada a la actividad productiva, es decir, no sometida a la lógica del mercado y opuesta a la concepción de una ciencia y tecnología “neutrales”.

Segundo, que atribuya una importancia central a la solidaridad, a la diversidad cultural, a la formación de ciudadanía y al papel protagónico del Otro en la construcción de la historia; que propicie la comunicación y el diálogo entre distintos sujetos políticos, en términos de lo que Edgar Morin llama “la dimensión dialógica de la cultura contemporánea”; que tenga como horizonte una universidad social y culturalmente heterogénea.

Tercero, que tenga como horizonte la dignidad humana y contribuya a eliminar la desigualdad de las situaciones y oportunidades, partiendo de la observación de las desigualdades de hecho para contribuir a corregirlas activamente. Es decir, que ubique los conocimientos y valores universitarios en situaciones sociales e históricas concretas, vinculando ciencia y sociedad, ética, cultura y política.

Esta concepción educativa basada en la idea del sujeto político, es coherente con nuestra misión institucional. Le atribuye un papel activo a nuestra universidad, un papel democratizador en tanto bien público. Nos exige responder positivamente a

las demandas del sujeto político y poner fin a una historia de exclusión y negación de los sujetos sociales concretos y de sus saberes.

Nos exige enfrentar responsablemente nuestras propias contradicciones de autonomía, hegemonía y legitimidad derivadas, precisamente, de la crisis del capitalismo mundial, y acentuadas por su actual lógica de reproducción.

Nos exige ser solidarios con las mujeres y hombres concretos, a quienes se les niegan sus derechos y cuyos sufrimientos no se reconocen en un mundo productivista.

Nos exige, sobre todo, un profundo y serio ejercicio de autocrítica para salirnos de los marcos de lectura fijados por el discurso hegemónico neoliberal que se reproduce por todas latitudes; romper con sus parámetros para vislumbrar realidades diferentes; enfrentar el desafío de construir un horizonte utópico, que sea la base constituyente de visiones renovadas de futuro.

En el marco de estas exigencias y de frente al convulsionado momento histórico que estamos viviendo, la resignificación de la extensión universitaria es un objetivo y reto de corto plazo. Debemos conferir una nueva centralidad a las actividades de extensión, con implicaciones en nuestros programas educativos, la docencia y la investigación.

Se trata de que nuestra universidad asuma, efectivamente, un papel protagónico en la formación del sujeto político y, con ello, en la reconstrucción de la cohesión social, en la profundización de la democracia, en la defensa de los derechos humanos y de la diversidad cultural; en la lucha contra la exclusión social y la destrucción de la naturaleza, todos ellos aspectos articulados a la idea de una universidad del sujeto político, solidaria y socialmente responsable.

Reconociendo que la injusticia social contiene en su seno la injusticia cognitiva, una extensión resignificada permitirá abrir el espacio público universitario al diálogo, entre los saberes científicos y humanísticos de la universidad, y los saberes populares, prácticos o tradicionales de culturas no occidentales generados en el entorno social.

Nuestra universidad contribuirá así, al reconocimiento de estos saberes y podrá incluir a los sujetos sociales que disponen de ellos en sus procesos formativos.

En esencia, el diálogo de saberes permitirá aprovechar la experiencia social que está siendo desperdiciada, desperdicio que nutre las ideas que proclaman que no hay alternativa posible a la situación actual, que la historia llegó a su fin, y otras similares. En este sentido, facilitará la “insurrección de los saberes sometidos” – como los llamó Foucault– esto es, de contenidos históricos que fueron negados y sepultados por la racionalidad hegemónica, justamente porque son los que representan la posibilidad de recuperar la memoria histórica, las experiencias y luchas sociales que las estructuras e instituciones funcionales tienen por meta invisibilizar.

Una extensión universitaria centrada en el diálogo de saberes contribuirá entonces a la formación del sujeto político; propiciará el ejercicio de la imaginación y la creatividad –que son manifestaciones de la libertad humana–, estimulará el descubrimiento de nuevas posibilidades de realidad a través del arte, la ciencia, la literatura y la poesía, y le permitirá a la universidad nutrirse de los saberes y experiencias sociales.

Traducir este planteamiento en acciones concretas es un reto de corto plazo, estrechamente vinculado al gran desafío de fortalecer nuestra autonomía y legitimidad social. Supone hacer frente con nuevas alternativas epistemológicas, a las tendencias funcionalistas que postulan una universidad pública al servicio exclusivo del mercado.

Hemos empezado a enfrentar ese reto; estamos construyendo una nueva relación de comunicación, solidaridad y compromiso con los distintos actores y grupos sociales morelenses. Asimismo, estamos propiciando la participación ciudadana en la construcción colectiva de propuestas de acción para enfrentar las graves problemáticas sociales, que requieren urgente solución en el actual momento histórico. Nos reafirmamos así, como espacio público democrático y, en este sentido, como universidad socialmente responsable.

Termino con una breve reflexión que involucra, principalmente, a nuestros profesores, investigadores y estudiantes.

Un bello pasaje del Informe Faure publicado hace ya 40 años bajo el título de “Aprender a Ser”, dice así: “el fin del desarrollo es la realización plena del hombre,

en toda la riqueza de su personalidad, la complejidad de sus formas de expresión y sus diversos compromisos como individuo, miembro de una familia y una comunidad, ciudadano y productor, inventor de técnicas y soñador creativo”.

En momentos en que la injusticia, la inseguridad y la violencia cotidianas laceran a nuestra sociedad, en que la democracia representativa se colapsa, en que se acentúa la brecha entre gobernantes y ciudadanos, y la política se presenta en los medios de comunicación como una caricatura de entretenimiento; en momentos de agresiones culturales y de barbarie ecológica por el afán de lucro, necesitamos voltear los ojos a horizontes utópicos como el planteado en el Informe Faure acerca del sentido humano del “desarrollo”.

Proponer estos horizontes a los estudiantes y debatir con ellos su validez para reconstruir moralmente al país, puede ser una manera de acompañarlos para encontrar el sentido ético y humano de sus vidas y de su formación universitaria.

Seguramente, muchos de ellos estarán interesados en descubrir analogías entre esos horizontes y una ética universal del ser humano; por ejemplo, con la ética indígena basada en “la palabra de los hombres verdaderos” o en el “mandar obedeciendo”.

Descubrirán así al Otro y conocerán el sentido que para éste tiene la dignidad humana. Descubrirán también el sentido de solidaridad y de comunidad, el respeto a las culturas y las prácticas democráticas locales que la lógica del mercado ha destruido.

Esta proposición nos coloca frente al reto de la vivencia. ¿Podemos dialogar con los estudiantes en términos de vivencias? ¿Podemos ponerlos en contacto con las vivencias de otros jóvenes y adultos, hombres y mujeres, que están fuera de las aulas universitarias, muchos de ellos en situación de exclusión social? ¿Podemos compartir, a través de ellos, el núcleo íntimo del Otro donde se hace la persona, donde vibra, donde ama, se rebela y se define?

En una palabra, ¿podemos educar y extender nuestro quehacer a toda la sociedad y nutrirnos de ella con la participación de los estudiantes?

Hoy, más que nunca, la sociedad nos interpela con el reclamo ancestral del derecho a la educación. Y precisamente en esta hora de modernizaciones sin

sentido humano, es fundamental volver a recordar que nuestra vocación educadora dependerá de que superemos los riesgos de un futuro deshumanizado y excluyente; los riesgos de la economía a ultranza, el éxito sin ética y el individualismo exacerbado.

Esta interpelación nos remite a nuestra responsabilidad social; es decir, a nuestro compromiso ético-político de solidaridad, con las personas concretas, especialmente con aquellas que, como hemos señalado, viven cosificadas, deshumanizadas, excluidas, sin un horizonte de futuro digno.

¿Podremos oírlas? ¿Estamos dispuestos a construir con ellas una síntesis cultural que propicie el reconocimiento del Otro y la solidaridad social? ¿que concilie el bien individual y el bien común?, ¿la democracia representativa y otras formas de democracia?, ¿la libertad individual y la libertad comunitaria?, ¿Una síntesis cultural que cuestione el dogma del pensamiento único?, ¿que nos permita sustituir el universo matemático por el universo humano?, ¿la educación instrumental por la educación intercultural humanista?

¿Una síntesis cultural que, en suma, conjugue nuestras dos vertientes de acción institucional: una, responder a las exigencias sociales en un contexto de modernización globalizada; otra, incorporar una visión incluyente del desarrollo nacional, basada en valores de justicia y solidaridad con los grupos más vulnerables y excluidos de la educación superior?

Nuestro proyecto histórico universitario nos obliga a buscar esa síntesis cultural; a meditar la profundidad de su contenido, tanto para comprender mejor nuestro compromiso y responsabilidad social, como para profundizar en el sentido ético-político de nuestro quehacer institucional, y valorar nuestros logros, avances y acciones cotidianas.

Sostenemos que esa síntesis cultural ha de servir para fijar la necesidad de una nueva sociedad; esto es, de una utopía de lo que está más allá de lo aceptado y conocido.

Reiteramos aquí nuestra absoluta confianza en los valores, capacidades y experiencia de nuestros directivos, docentes, investigadores, estudiantes y trabajadores administrativos en general. Los imaginamos a todos como

protagonistas de nuestro proyecto institucional. No podríamos reafirmar nuestro compromiso social sin su participación.

Les convocamos a que sigamos caminando juntos, en el afán ético-político de ampliar los cauces para la circulación de las ideas; de trastocar el apego a limitadas visiones de la realidad; de voltear la vista a las problemáticas locales más urgentes; de mirar y escuchar a los distintos actores sociales históricamente negados y ausentes de la vida universitaria, nutrirnos de ellos, y vislumbrar con ellos, otros horizontes de solidaridad, dignidad humana, justicia, democracia y libertad, para la sociedad mexicana en general, y morelense en particular. En el afán, esencialmente humano, de vislumbrar horizontes de modernidad que impidan borrar la alegría, la imaginación y la utopía del tablero del mundo.

A ustedes, jóvenes estudiantes, quiero reiterarles que tengo confianza en ustedes. Son muchos los motivos, podrían decirme, para descreer de todo. Son ustedes herederos de un abismo, habitan un mundo que no les otorga cobijo. Comprendo su congoja, el desconcierto de pertenecer a un tiempo en que se han derrumbado los muros, y donde aún no se vislumbran nuevos horizontes. Falsas luminarias pretenden cautivar su voluntad desde las pantallas y los autos de lujo. Tengan presente que no hay cambio posible cuando el valor de la existencia es menor que el precio de un aviso publicitario.

Es natural que en medio de la catástrofe haya quienes intentan evadirse, entregándose vertiginosamente a la violencia, o sean coptados por ella. Un problema que suele asumirse como una cuestión policial, cuando es el resultado de la profunda crisis de sentido de nuestro tiempo.

Pero también son muchos más los que en medio de la tempestad continúan luchando, ofreciendo su tiempo y hasta su propia vida por el otro. En las calles, en las cárceles, en las comunidades marginadas, en los hospitales. Mostrándonos que, en estos tiempos de triunfalismos falsos, la verdadera resistencia es la que combate por valores que se consideran perdidos. Hay que recordar que hubo alguien que derribó al imperio más poderoso del mundo con una cabra y una rueda simbólica.

Les propongo entonces, con la gravedad de las palabras ante el absurdo que vivimos, que nos abracemos en un compromiso: salgamos a los espacios abiertos, arriesguémonos por el otro; esperemos, con quien extiende sus brazos, que una ola de la historia nos levante, de un modo silencioso o subterráneo, como los brotes que laten bajo las tierras de nuestro suelo morelense.

Los obstáculos no impiden la historia, el hombre sólo cabe en la utopía; y esa utopía es la que nos ha permitido hoy, eliminar los pagos de inscripción y reinscripción, con la esperanza de superar al menos uno de los obstáculos que le limitan a muchos llegar o mantenerse en este recinto universitario; y con el aliciente de dar un paso más para construir una verdadera comunidad solidaria a través del voluntariado.

Nos falta superar un sinnúmero de obstáculos, como implementar un sistema de selección de aspirantes que atienda la diversidad en la complejidad, tal como lo hemos hecho con el examen que ya se aplicó en este proceso de selección a personas con discapacidad. Esto, además de impulsar una revisión profunda de la dinámica curricular para incorporar una flexibilidad que sea congruente con las posibilidades materiales que determinan su existencia.

“Es hora de tensar el arco en contra de la historia. En la cima de la más alta tensión surgirá el impulso de una recta flecha, del tiro más duro y más libre”, escribió Albert Camus hace más de medio siglo.

Sólo en la medida en que nuestra universidad hunda sus raíces en lo más profundo de la sociedad a la cual se debe, podrá tensar el arco en contra de la historia, y lanzar la flecha recta para fortalecer su legitimidad social y garantizar su autonomía y permanencia como bien público.

*Por una Humanidad Culta,
Una Universidad Socialmente Responsable*

Muchas gracias por su presencia y su atención.

J. Alejandro Vera Jiménez,
Rector